

Editorial


Sobre estilos, política y gestión de la ciencia

GASTÓN JULIÁN GIL*

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas /
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina

Cada publicación de un nuevo número de una revista científica como *Aiken* significa mucho más que un deber cumplido. Es una ratificación de un rumbo que iniciamos sin certezas, pero concientes de las dificultades y el proceso de aprendizaje intenso que nos esperaba. Se trata de un nuevo eslabón en la cadena de interacciones rituales (Collins, 2004) que definen nuestro quehacer académico, entre los que esta revista es el logro más concreto y visible del grupo de investigación que la edita. Este proyecto de trabajo continúa, además, sentando las bases para la consolidación de un estilo (Cardoso de Oliveira, 1995) de practicar la academia. Ese estilo se expresa en cierta redundancia, en la tipicidad de acciones, enfoques y producciones que pueden definir tanto a un colectivo de investigación, a una institución académica o incluso a una disciplina entera en un país. Es en esta forma de hacer, más o menos creativa, que esta revista se posiciona desde que fue gestada, de modo situado -en un grupo de investigación y en una unidad académica-, y a la vez global por sus pretensiones de amplitud temática y geográfica, su carácter transdisciplinar. En definitiva, *Aiken* aspira a trasgredir fronteras de todo tipo a partir de inquietudes y necesidades nacidas en un contexto geográfico e institucional definido, pero que se proyectan para interpelar diferentes problemas y problemáticas que no se anclan a sus puntos de origen. La procedencia de las contribuciones de todos los números, como también los temas y los sujetos de estudio abordados reflejan ese proceso que busca integrar no sólo lo local/regional/global sino también diversas tradiciones disciplinares en torno al abordaje de las problemáticas sociosanitarias. Y estas editoriales no son más que textos que pretenden ofrecer un marco general de la ciencia y la academia por fuera de los dogmas, la obediencia instrumental a los mandatos de lo políticamente correcto o el sometimiento acrítico ante los climas de épocas o las miradas hegemónicas.

Aiken. Revista de Ciencias Sociales y de la Salud ingresó en 2023 en una nueva etapa como proyecto editorial. Cumplidos los primeros dos años de publicación periódica semestral, la revista ya comenzó a ser ingresada a índices y bases de datos, mientras se continúan mejorando todos los aspectos de su gestión. En efecto, el desafío que hemos asumido hace más de dos años obliga, como corresponde, a mantener una constancia de trabajo y un respeto a prácticas y formalidades que se requieren para toda publicación científica. La indización de la revista ya nos permite no sólo un salto cualitativo sino un reconocimiento externo de organismos de evaluación y validación especializados que tanta relevancia han adquirido en los campos académicos y científicos. Se trata de un primer paso que además garantiza una mayor y necesaria visibilidad para

* Investigador Independiente del CONICET. Profesor titular regular de Antropología y Director del Centro de Estudios Sociales y de la Salud (CESyS), Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social, Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: gasgil@mdp.edu.ar  orcid.org/0000-0002-8112-2119

una revista nueva, y que pase a ser considerada como una opción preferencial para canalizar la producción científica de colegas de todo el continente. El status al que ha accedido *Aiken* y los avances en materia de indización que esperamos concretar en el próximo semestre contribuirán, en gran medida, a consolidar esa aspiración. En efecto, las indizaciones constituyen todo un marco de referencia insoslayable para aquellos académicos que necesitan revistas bien calificadas para ingresar o progresar en el sistema científico. Más allá de esa dimensión instrumental en la gestión de las propias carreras académicas de los autores, el objetivo primordial de *Aiken* apunta a consolidar un espacio de debate a partir de una serie de premisas teóricas que giran en torno a lo que puede ser un lugar común, pero que deja de serlo cuando se lo implementa más allá de lo declamatorio: el rechazo a pensar la salud desde un enfoque exclusivamente biomédico. Porque ello implica abandonar posturas paternalistas (y por ende, etnocéntricas) sobre el proceso salud/enfermedad/atención/cuidados pero también renunciar a las asimetrías analíticas que pueden conducir a actitudes tan nocivas como la culpabilización de los “enfermos” o a definir normativamente lo que es la salud, lo saludable o el bienestar.

De todos modos, y más allá de esas formalidades que está cumpliendo la revista ante los dictados de la evaluación de la ciencia, los procedimientos normativos que imponen los sistemas de clasificación y evaluación y las bases de datos permiten a los editores manejar un conjunto definido de previsibilidades. Por supuesto, todos los procesos que envuelven la evaluación de la ciencia presentan aristas problemáticas y desafíos sin resolver, como se planteó en la editorial anterior (Gil, 2022). Pero el reconocimiento de un conjunto de premisas mínimas (como la evaluación doble ciego o la periodicidad regular, en el caso de las revistas) es lo que define reglas del funcionamiento de los campos científicos y académicos que ponen límites a las arbitrariedades, las asimetrías y los criterios discrecionales y cambiantes según las circunstancias y, mucho peor, las conveniencias. En este caso, los criterios que establecen los índices y las bases permiten una estandarización virtuosa, ejes claramente definidos que actúan como guía para editores que planifiquen un camino de largo plazo. La apuesta lanzada en enero de 2021 se gestó en el marco de un amplio conjunto de incertidumbres que casi en su totalidad están despejadas. Nos inquietaba, por ejemplo, que los colegas no enviaran artículos sin certeza de la continuidad de la revista y mucho menos de su futura indización. La experiencia de gestionar una revista científica ha sido para el grupo de investigación “Estudios Antropológicos”, un desafío colectivo que, por diferentes razones, no pudo nacer como una plena apuesta institucional pero que progresivamente está siendo percibida por actores institucionales como un recurso valioso que merece ser apuntalado. Es en el marco de ese entrelazamiento virtuoso entre iniciativas personales, proyectos grupales y acciones institucionales cuando se suelen obtener los mejores resultados.

La ciencia argentina y los dilemas del presente

El 9 de junio del corriente año, la cuenta oficial de la red social Twitter del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), el máximo organismo de investigación científica de la Argentina, fue utilizada para expresar “repudio” ante el contenido de una historietita publicada en un medio gráfico de alcance nacional. En esa tira, un personaje se autodefinía como “ñoqui”¹ y aclaraba que estaba “en el CONICET”. En ese comunicado se desarrolló una insistente defensa de la institución y de la relevancia de investigación científica y de la educación pública, por lo que se repudió “este tipo de valoraciones y formas de construcción social”. Ello fue acompañado por algunos notorios investigadores que interpretaron que el contenido de esa historietita debía ser colocada en sintonía con una indudable futura política de ajuste del sistema

¹ El término *ñoqui* aplica en la Argentina al empleado público que sólo recibe un salario y no cumple ninguna tarea concreta o ni siquiera asiste a su supuesto lugar de trabajo, salvo para cobrar su sueldo. Esta categoría nativa proviene de la tradición de cocinar ñoquis un día preciso al mes, todos los 29. Ñoqui es una castellanización del italiano gnocchi.

científico que un eventual próximo gobierno, de signo político contrario al actual, implementaría desde diciembre de 2023. También debe destacarse que otros investigadores rechazaron ese comunicado en intervenciones en los medios de comunicación, por lo general destacando que ni la censura ni la cancelación se corresponden con el papel que debería cumplir el CONICET.

Una semana después, el directorio del organismo emitió otro comunicado en el que se lamentó por “la situación que se generó en cuanto al nivel de agravios, el rumbo muchas veces agresivo que tomó la discusión en redes y el tono de comentarios que circularon en los últimos días”. El breve texto aclaró que “en estos días las autoridades hemos podido intercambiar e incluso conversar largamente con Horacio Altuna –a quien agradecemos el diálogo franco y constructivo- sobre la situación generada, para aclarar todo tipo de malentendido. Luego de ello, nos pareció a todos/as que hacer público el hecho de este fraternal intercambio entre las autoridades del CONICET y el artista permitirá colaborar a cerrar una controversia y un clima que poco aportan a los climas necesarios a cualquier debate de ideas”. De esa manera, a través de distintos canales, la voz oficial del organismo primero censuró a un artista sin siquiera comprender la trama de la historieta -que no pretendía ridiculizar al CONICET- para luego proponer concordia por los efectos generados, sobre todo en las redes sociales. Además de que el rol de policía del pensamiento o de regulador de los contenidos de los medios de comunicación está lejos de ser la *misión* de un organismo de ciencia y tecnología de un país, mucho menos se trata de una apuesta estratégica adecuada. En tiempos de “humor hipermediático” (Fratlicelli, 2023) que un ente estatal como el CONICET exponga su historia y a quienes lo constituyen ante esta clase de controversias en las redes es, como mínimo, una apuesta peligrosa, irresponsable y por demás innecesaria.

Este episodio nos retrotrae a un período controversial que en la Argentina se produjo durante el gobierno de la coalición Cambiemos (2015-2019). Las movilizaciones y protestas de distintos actores del sistema científico argentino desencadenaron polémicas, sobre todo en las redes sociales, en las que abundaron argumentaciones que fluctuaron entre la mala fe y la ignorancia. Por un lado, el desconocimiento del funcionamiento del mundo científico de los impugnadores de las “becas del CONICET” desbordó los límites del ridículo. Sin embargo, algunos “defensores” participaron en la propagación de groseras imprecisiones sobre el funcionamiento del sistema, tales como confundir maliciosamente las finalizaciones de becas de cinco años con despidos o cesantías o negando la persistencia de problemas históricos nunca resueltos. En efecto, una red social como Twitter se ha transformado en una cantera inagotable de comentarios burlescos acerca de la inutilidad de las ciencias sociales y hasta proliferan una gran cantidad de bromas infamantes sobre la opción de dedicarse a algunas de estas disciplinas, en ocasiones dirigidos a científicos sociales activos en las redes cada vez que realizan alguna intervención. Los blancos preferidos de los ataques de estos *trolls*¹ (mucho de ellos usuarios de Twitter con sus nombres verdaderos sin una militancia política identificada) fueron las ciencias sociales y los temas de investigación y títulos de artículos y ponencias de becarios e investigadores, información de acceso público en la página web del CONICET. Análisis semióticos, crítica literaria, estudios sobre el peronismo, proyectos sobre historia reciente y etnografías varias fueron -y lo siguen siendo- los destinatarios más usuales de las burlas de los *trolls* que planteaban la inutilidad (por su trivialidad y hasta frivolidad) de las humanidades y ciencias sociales en general. Así es que en medio de los reclamos por mayor presupuesto para ciencia y tecnología, las ciencias sociales recibieron las

² El troll es presentado por los expertos en comunicación como alguien cuya búsqueda esencial es dañar a un oponente mediante agravios, más que proponer interpretaciones interesadas de ciertos acontecimientos o defender miradas alternativas en la esfera pública. Esta definición constituye un poderoso impedimento para comprender la complejidad y diversidad de puntos de vista que se expresan en las redes sociales y que desafían de modo permanente las miradas más convencionales y, sobre todo, controladas que se expresan a través de los medios tradicionales. Incluso muchos de esos *trolls* proponen reconceptualizaciones del término en el que se autoadscriben, en la mayoría de los casos de forma irónica. Uno de esos *trolls* de alta notoriedad y sumamente activo en temas de política y economía, propuso una interesante definición: “usuarios reales manejados por ciudadanos con opiniones propias no pagas”.

más diversas impugnaciones, muchas de ellas centradas en el “despilfarro” que implicaría la utilización del dinero de los impuestos (“el IVA de la leche y el pan”) para financiar investigaciones inútiles y procesos de sobre-escolarización de una casta de “privilegiados”. En el medio de esas descalificaciones, no se produjo el menor resquicio para que se desarrollaran atisbos de autocrítica por parte de la comunidad científica sino que, por el contrario, se pobló de investigadores pontificando sobre la relevancia de sus proyectos. Esa defensa corporativa no mostró la menor capacidad crítica acerca del modo en que usamos los recursos que pueden parecernos escasos pero que suponen una carga social importante, aunque necesaria. Tampoco los debates sirvieron para preguntarnos acerca de nuestras posibilidades de divulgar mejor nuestro trabajo y eventualmente transferir conocimiento cuando ello es posible. Más allá de la debilidad de esas hipótesis conspirativas que suponen la existencia de campañas orquestadas en las redes, el término *troll* cumple la función de muchos otros términos nativos “comodines” que los actores usan para ofrecer explicaciones lineales a fenómenos complejos, ambiguos y opacos. Eso es por demás evidente en las comunidades (como las científicas y las académicas), tan autocentradas y proclives a la autovalidación y a una mirada excesivamente laudatoria sobre sí mismas. Pero más allá de la endebles del argumento, la utilización del término *troll* impide advertir que el tipo de cuestionamientos formulado hacia las humanidades y las ciencias sociales representan con bastante fidelidad lo que los legos suponen de las investigaciones que llevamos adelante. En ese marco, las defensas corporativas y la notoria adhesión pública a un espacio político de un sector importante del campo intelectual contribuyeron a que se formara la imagen caricaturizada (y por supuesto falsa) del CONICET como un organismo partidizado que entrega cargos por afiliación política.

En este contexto, no son pocos los desafíos por venir en los próximos años. Uno de ellos está relacionado con el grado de involucramiento en las agendas y las claves de interpretación de la política partidarias. Detrás de una particular noción de *compromiso* político, importantes sectores de la ciencia en la Argentina han estado dispuestos no sólo a ofrecer su militancia (formal e informal) sino que han estado decididos -y aquí sí se advierte un problema serio- a encolumnar a las instituciones que representan o directamente gobiernan detrás de proyectos políticos partidarios. En definitiva, los tiempos por venir tal vez demanden debates de mayor profundidad sobre el funcionamiento del sistema científico (como el uso de los recursos o la creciente burocratización) que no estén determinados por las agendas políticas o los compromisos facciosos de actores hegemónicos. Al menos en las ciencias sociales, después de un período sostenido de notable expansión, se advierte un amplio espectro de desequilibrios regionales, tales como institutos atestados de investigadores sin posibilidades de insertarse en docencia mientras que no pocas universidades del interior carecen de recursos humanos formados y cuentan con marcos muy poco propicios para un proyecto de excelencia o de radicación de investigadores. Por ello tal vez sea mucho más beneficioso para cualquier sistema científico plantearse discusiones abiertas y honestas y no exponerse a controversias inverosímiles en las redes sociales. En ese sentido, quizás el futuro próximo nos enfrente a la necesidad de lograr acuerdos programáticos relacionados, entre muchas otras posibilidades, con la eventual definición de prioridades (por ejemplo disciplinas, temáticas, regionales), la relación con la educación básica, el grado de internalización deseada del sistema, el tipo de vinculación con las universidades y, por supuesto, una proyección rigurosa sobre las perspectivas de crecimiento y sustentabilidad del sistema.

Un nuevo número temático

Para iniciar el tercer año, se ofrece una vez más un volumen temático, a cargo de dos especialistas en los estudios antropológicos de migración y salud. Ambos han tenido participación desde la misma gestión de la revista. Mientras que Florencia Incaugarat es parte del grupo en donde se concibió la revista, Alejandro Goldberg nos dio su apoyo entusiasta desde el mismo momento en que *Aiken* fue concebida. Ambos son dos ejemplos del grado de colaboración necesaria para poder iniciar y sostener un emprendimiento como la gestión de una revista científica. Florencia,

desde el grupo de investigación y desde su labor como secretaria de redacción, es una parte vital del funcionamiento de la publicación. Alejandro Goldberg, como otros colegas desde sus ocasionales y diferentes roles, también ha sido parte de una red académica que estamos construyendo en torno a la revista y otros proyectos, pero que se alimentan de relaciones previas y un respeto mutuo que esperamos conservar.

Este volumen temático expresa de manera muy clara, además, el “espíritu” que guió la revista desde su misma concepción. La cobertura de vacíos empíricos es, por un lado, una “obsesión” que estuvo siempre presente. Frente a la redundancia de temas y “objetos” que suele caracterizar la “ciencia normal”, esta iniciativa editorial se propuso explícitamente alentar esa cobertura de vacíos empíricos y la publicación de investigaciones a las que no les resulta sencillo encontrar canales viables. La condición “pionera” en el continente que los coordinadores de este número le adjudican, no es más que la concreción de esas ideas germinales que anteceden en varios años a aquella primera convocatoria lanzada para publicar artículos en 2021. Si bien los cinco textos son comentados en detalle por los coordinadores de este número temático, es importante señalar algunos ejes en sintonía con los que se planteaba al comienzo de esta editorial. La apertura temática, la consideración de una gran diversidad de colectivos y los diálogos interdisciplinarios ya constituyen un rasgo saliente del tipo de artículos que se publican en *Aiken*. Es ese estilo que se busca cristalizar con una propuesta que ha sido recibida y enriquecida por todos los autores y evaluadores que hicieron posible que la revista se haga realidad.

De esta manera, seguimos robusteciendo y embelleciendo esta red sociotécnica (Latour, 2008) en la que además de los actores humanos forman parte una amplia diversidad de actores no humanos que deben ser enrolados para obtener una construcción estable y durable. Diversas instituciones (y las personas que las comandan) y organismos de evaluación, los soportes informáticos y tecnológicos, entre muchos otros actores de esta compleja red, confluyen en torno al objetivo de lograr que *Aiken* sea un espacio de relevancia en las ciencias sociales y en el abordaje de problemáticas sociosanitarias en la región.

Bibliografía

- Cardoso de Oliveira, R. (1995). “Notas sobre una estilística da antropología”. En Roberto Cardoso de Oliveira & Guillermo Raul Ruben (orgs.) *Estilos de antropología*, Campinas: Editora da Unicamp.
- Collins, R. (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Fratlicelli, D. (2023). *El humor hipermediático. Una nueva era de la mediatización reidera*. Buenos Aires: Teseo.
- Gil, G. J. (2022). La academia, su burocracia y la “vieja normalidad”. *Aiken. Revista De Ciencias Sociales y de la Salud*, 2 (2), 5–9. <https://eamdq.com.ar/ojs/index.php/aiken/article/view/40>
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.